

La vida comunitaria

El otro es un don

Angela Tagliafico

Profesora en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas y en la Facultad de Teología del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum.

¿Qué significa comunidad? La etimología de la palabra *communitas* contiene el término *munus*, que tiene dos significados: por un lado, es el deber, la obligación, el compromiso; por otro lado, es el don que se debe hacer, además, del don que se recibe. *Munus* es el don que se da, es el evento de la donación. Aquellos que buscan hacer una vida común viven en la obligación del don, la ley del don, que no significa tanto donar algo, sino llegar a salir de sí mismo para donarse uno mismo.

El amor consiste en comunicación de las dos partes, es a saber, en dar y comunicar el amante al amado lo que tiene o de lo que tiene o puede, y así, por el contrario, el amado al amante; de manera que, si el uno tiene ciencia, dar al que no la tiene, si honores, si riquezas, y así el otro al otro (Ignacio de Loyola, *Ejercicios espirituales*, 231).

La comunidad es el conjunto de personas unidas, no tanto por unos bienes o unas propiedades que poseen en común, sino por un deber. Son aquellos que reconocen el deber de la caridad y del amor hacia el otro. Esto debería caracterizar la vida común bajo el signo de la gratuidad y de la acción de gracias. La vida común no se configura con la suma de las riquezas y de las fuerzas de cada uno, sino al compartir las debilidades y las fragilidades de cada uno. Esta es una ley de la vida común y lo que la edifica. Nada puede ser peor para una comunidad de personas que buscar el propio yo o sumar las propias fuerzas, únicamente porque son ricas de dones y capacidades.

Para informar al padre fray Juan de la Cruz de toda nuestra manera de proceder, para que llevase bien entendidas todas las cosas, así de mortificación como del estilo de hermandad y recreación que tenemos juntas, que todo es con tanta moderación, que sólo sirve de entender allí las faltas de las hermanas y tomar un poco de alivio para llevar el rigor de la Regla (Teresa de Ávila, *Fundaciones* 13,5).

¿Qué necesita una comunidad? Ante todo, escuchar. ¿Qué es más comprometedor que escuchar? ¿Qué puedo dar al otro? La mayoría de las veces el gran servicio que podemos hacer al otro es escucharle (esto se aplica también a la acción apostólica). En la vida común esto es fundamental. Escuchando, dejo que el otro viva, esté presente y le digo: yo estoy comprometido contigo, doy peso y seriedad a lo que tú eres y lo que tú dices. No es sencillo escuchar porque significa salir del monólogo, dejar de considerar que soy el portador de la verdad, de ser el centro del mundo (males que normalmente la vida común hace surgir con toda su dureza).

Cuando se habla de escuchar, bíblicamente se entiende que se refiere a toda la persona, es el corazón, el centro de la persona quien escucha. Aquí, por lo tanto, es donde se encuentra el elemento esencial para la edificación de una vida comunitaria. Escuchando al otro yo le hago sentir reconocido, por lo tanto, la comunidad se convierte en comunidad de los que se reconocen en el sentido más fuerte y profundo del término.

Por amor al servicio de Dios nuestro Señor les rogamos, en el momento que el próximo marzo partirán los barcos de Portugal a India, de escribirnos mucho y extensamente de todo lo que consideren en cuanto al comportamiento que tenemos que tener entre los infieles. De hecho, ya que la experiencia, en parte, nos mostrará la forma de disponernos, esperamos en Dios nuestro Señor que quiera también Su Divina Majestad darnos a conocer también por medio de ustedes lo demás, esto es, la manera con la cual debemos servirlo, así como hasta ahora ha hecho. Tememos lo que suele pasar a muchos, a los cuales – o por olvido o por no querer preguntar y tomar ejemplo de los otros – Dios nuestro Señor niega frecuentemente muchas cosas, que en cambio concedería, sí, rebajando nuestro juicio, pidiésemos ayuda y consejo de todo lo que debemos hacer, principalmente a las personas por medio de las cuales Su Divina Majestad ha deseado hacernos comprender cómo quiere Él servirse de nosotros (Carta 11,6 del Epistolario javeriano).

Se trata no sólo dar tiempo al otro, sino de dar mi tiempo para el otro. ¡También es una dinámica de vida familiar, se requiere que uno escuche al otro, que uno se someta a los tiempos del otro! El tiempo es el sacrificio de la vida. En este sentido se puede hablar de una fuerte dimensión de obediencia en la vida comunitaria. Dar respeto y escuchar al otro significa vivir en obediencia que es sumisión al otro.

¿Quiénes son los grandes maestros de la vida común y de la vida espiritual? Los ancianos, los enfermos en el cuerpo y en la psique, el antipático,

el hostil, aquél que mete el bastón en la rueda. Aquí tenemos de verdad un magisterio, alguien que puede despertarnos de nosotros mismos.

¿Qué significa decir que el enemigo, el antipático, aquél que me crea problemas es mi maestro? Cuando nuestros amigos mantienen buenas y pacíficas relaciones, nada nos puede hacer conscientes de nuestros pensamientos negativos. En cambio, si yo ayudo a alguno, si lo amo y después éste me agrede y difama de un modo innoble, yo puedo considerar a éste como mi maestro más grande, porque, entonces, lo que hay en mí sale a la luz.

El segundo texto se refiere al enfermo, en el cuerpo y en la mente. Escribe Jean Vanier que conoce bien tanto la vida comunitaria como el servicio:

Desde hace algunos años vivo con hombres y mujeres en situación de necesidad que tienen graves discapacidades y comienzo a tomar conciencia de las barreras que hay en mí. Delante a su necesidad de comprensión, de amistad, frente a sus miedos y sus actitudes con las que me ponen a prueba, he iniciado a comprender la distancia entre su sed de presencia y de apoyo y mi incapacidad para responder. Constaté directamente mis barreras y mis miedos.

Por lo tanto, el enfermo desvela y expone lo que existe en nuestro corazón. El amor debe ponerse más en los hechos que en las palabras (Ignacio de Loyola, *Ejercicios espirituales*, 230).

Les puede sorprender que, hablando de la vida común, les hable ahora del silencio y de la soledad, pero en realidad, el silencio es espacio de encuentro. Dos personas que se aman profundamente saben muy bien que existe un lenguaje no verbal que comunica mucho, que comunica todo. En el silencio yo comprendo al otro, también con quien vivo normalmente, con quien tengo relaciones elementales, cotidianas, con quien hablo. Lo compenetro bajo la luz del misterio.

Esta, desde mi punto de vista, es otra regla de la vida común: aprendo que debo renunciar a cualquier pretensión de ejercer poder sobre el otro. Sólo gracias a esto se podrá desarrollar una vida y una relación sana. Si de alguna manera, y hay tantas formas, trato de atentar contra la persona, de tener poder sobre ella, amenazo profundamente la vida común.

Existe necesidad de relaciones comunitarias sanas para que puedan darse relaciones purificadas. Sólo quien puede soportar la soledad y el silencio, sabe también cómo vivir en forma equilibrada una relación. Es muy agotador entrar en la soledad, tratar de escucharla, entrar en la vida interior. Sólo quien tiene una vida interior puede tener una vida en común.

Que es amaros mucho unas a otras, va muy mucho; porque no hay cosa enojosa que no se pase con facilidad en los que se aman y recia ha de ser cuando dé enojo (Teresa de Ávila, *Camino de Perfección* 4,4-5).

Otro elemento esencial para que pueda existir una comunidad como circuito de donación (donar escucha, donar el tiempo, dar espacio al silencio y a la soledad) se refiere a la palabra. No es fácil vivir de manera equilibrada el arte del hablar. No es fácil aprender a hablar y hablar con los otros, a hablar en medio de los otros (cuando se trata de moderar a quien tiende siempre a dar discursos, a incitar a quien tiende siempre a esconderse). La vida comunitaria en buena parte es vida de comunicación, por consiguiente, su buena cualidad viene dada por la buena cualidad de su comunicación.

Antes que nada, comunicar siempre es un riesgo. ¿Comprenderá el otro lo que estoy diciendo? El otro podría no saber. Yo llego con mi interioridad y, cuando hablo, hablo también de esa. Incluso cuando hablamos de la teología trinitaria en vez del alunizaje de los astronautas, de alguna manera hablamos de nosotros, de lo que somos, de lo que hemos llegado a ser. ¿Lograré llegar hacia el otro? Comunicar es arriesgarse siempre a ser malentendido, a no ser comprendido.

Sobre este tema hay mucho sobre lo cual reflexionar porque sabemos de los estudios de ciencias de la comunicación que, cuando hablamos, no es el contenido de la palabra lo que llama la atención. El mayor volumen de la comunicación se da por medio de la gestualidad, por el cuerpo, por la mirada, por el movimiento. Es el lenguaje corporal que comunica. Lo segundo, es el timbre de la voz, la velocidad de modulación, la velocidad. Por último, el contenido concreto de lo que decimos. Por lo tanto, que nosotros lo queramos o no, siempre nos comunicamos, ya bien estemos en silencio, sea que hablemos o sea que actuemos, siempre decimos algo.

Para que la comunicación sea equilibrada se requiere crear un clima de libertad. Siendo atentos a todos los riesgos de la comunicación: la comunicación de tipo psicológico (“me parece, creo”) que no puede decir “sí sí no no”, que intenta involucrar al otro, en ocasiones, en una complicidad frente a un tercero; la comunicación agresiva.

Mientras más santas, más conversables con sus hermanas, y que, aunque sintáis mucha pena si no van sus pláticas todas como vos las querríais hablar, nunca os extrañéis de ellas, si queréis aprovechar y ser amada. Que es lo que mucho hemos de procurar: ser afables y agradar y contentar a las personas que tratamos, en especial a nuestras hermanas (Santa Teresa de Ávila, *Camino de Perfección* 41,7).

En mi relación con el otro, por consiguiente, y, sobre todo, en la vida comunitaria, se requiere una ascesis de la comunicación, esto es, ejercitarse en una manera de comunicar que ya hace sentir al otro acogido y amado. Ya desde la forma y el tono de la voz puede encaminarse hacia una relación, o bien, hacia el rechazo. Se trata de aprender una ascesis, ejercitarse para diferenciar las relaciones y las formas de comunicar.

Me parece que la vida comunitaria se basa en un fundamento humano sumamente simple: yo no existo sin el otro, yo no existo sin un "tú". Yo soy un rostro preciso, inequívoco y tengo un nombre preciso. Mi nombre y mi rostro es lo que el otro ve y llama. Aquello que es lo más mío, sale fuera de mí mismo. Yo no existo sin un "tú". Necesito del otro para vivir. Yo no soy sin el otro.

Por el amor de Cristo N.S y de Su Madre Santísima y de todos los Santos que están en la gloria del Paraíso, les ruego, mis queridos Hermanos y Padres, de tener un recuerdo particular para mí en recomendarme continuamente a Dios, dado que vivo con tanta necesidad de Su ayuda y favor. En cuanto a mí, especialmente por la gran necesidad que tengo de vuestro constante socorro espiritual, he podido experimentar muchas veces cómo, gracias a vuestra oración, Dios N.S me haya ayudado y protegido de muchas tribulaciones del cuerpo y del espíritu (Carta 55,10 del Epistolario javeriano).

Uno de los fundamentos antropológicos para todos los que viven esta realidad, es que la vida comunitaria es una manifestación despiadada de lo negativo que hay en cada uno de nosotros. Una persona, si quiere tener una vida comunitaria (de otro modo se esconde o se va), está obligada a hacer un viaje de reconocimiento y aceptación de los propios límites. Sin esto no hay vida comunitaria, pero tampoco hay vida familiar o se convierte en un pequeño infierno. Sólo gracias a la aceptación de los límites precisos, no genéricos, que están dentro de mí, de cualquier tipo, podré también llegar a aceptar a los otros.

Sin esta aceptación de mis límites no podré aceptar los límites que los otros tienen y que los otros son. Sería demasiado tonto pensar que el otro para mí es siempre agradable y dulce. El otro es un límite objetivo. Es un discurso banal, pero cierto: experimentado al otro, experimentamos un límite. Al aceptar al otro como límite, lograré también experimentarlo como un don, a verlo transfigurado.

Al hacer una vida comunitaria concreta se revela a ustedes mismos, y también a los demás, cuáles son sus cosas negativas, pero también aquello que les importa profundamente, cuál es el fin que persiguen y a qué cosa

pertenecen. Creo, por tanto, que puedan comprender que sea esencial, para quien tiene una vida comunitaria, un camino de vida interior, de vida espiritual.

Con este trabajo de conciencia de sí y de sus límites y el conocimiento de uno mismo, como quien es amado por Dios, no obstante nuestros límites precisos, es posible experimentar la comunidad como lugar de sanación, no porque se pongan a disposición un tipo de técnicas terapéuticas, sino precisamente porque se vive una vida comunitaria que puede también rescatar de las distorsiones relacionales que llevamos dentro. La vida comunitaria es la posibilidad de que la gratitud de las relaciones pueda reducir las deformaciones que cada uno de nosotros tiene.

Para profundizar en la vida comunitaria, el desarrollo de una vida interior, de una interioridad dialógica, llegando a pensar en los demás cuando no están, llegando a interceder por los otros, es necesaria la ascesis de la paciencia que es el arte de vivir la incompetencia y la imperfección del otro, pero también las mías. Muchas veces vemos que nosotros mismos somos inadecuados y no correspondemos a lo que es nuestra humanidad, a nuestra vocación o ministerio. La paciencia es el arte de soportar, es decir, meterse debajo y llevar sobre los hombros, la incompetencia e imperfección del otro y también las mías.

Y en cualquiera de estas cosas que dure, o bandillos, o deseo de ser más, o puntito de honra (que) parece se me hiela la sangre, cuando esto escribo, de pensar que puede en algún tiempo venir a ser, porque veo es el principal mal de los monasterios), cuando esto hubiese, dense por perdidas. Piensen y crean han echado a su Esposo de casa y que le necesitan a ir a buscar otra posada, pues le echan de su casa propia (Teresa de Ávila, *Camino de Perfección* 7,10).

La vida comunitaria, entonces, requiere un ascetismo de la espera. Cuántas veces se quisiera precipitar el tiempo de una decisión, y en su lugar, debe esperar el tiempo del otro. Tal vez decir una palabra justa, pero en un momento en el cual el otro no la puede recibir, pudiera ser nefasto, letal. Es un arte difícil, no meramente pasivo como lo dice la etimología *ad tendere*. La espera es algo eminentemente positivo. Es el nivel espiritual de la acción, es una acción espiritual de preparación para influir, no tanto en el inmediato, sino en el futuro.

Por último, la vida comunitaria exige la ascesis de la perseverancia y de la fidelidad. También estas son dos realidades difíciles de conjugar actualmente, pero esenciales, que constituyen la relación con el tiempo y con el otro. Especialmente, la vida de la comunidad es el lugar del perdón. Al per-

donar, te digo a ti que has llevado a cabo este acto, que has herido mi lealtad, mi amor: bueno, yo no quiero reducirte al acto que hiciste. Creo que eres mucho más grande que tu acción y quiero que la relación contigo continúe, incluso a través de esta herida que me infligiste.

Mas con todo, sabéis Vos, mi Señor, que clamaba muchas veces delante de Vos, disculpando a las personas que me murmuraban, porque me parecía les sobraba razón (Teresa de Ávila, *Vida* 19,7).

En el perdón estoy llamado a asumir, a llevar las consecuencias del mal que el otro ha hecho, o por lo menos, a compartirlas con él. Y este último punto, en mi opinión, es sin duda el que más muestra la importancia del significado sacramental de la vida comunitaria.

Y si en esta vida presente se pudiesen ver los corazones de aquellos que se aman en Cristo, crean, mis queridísimos Hermanos, que, en el mío, ustedes se verían claramente (Carta 90, 60 del Epistolario javeriano).